



MARTA
MARTÍN
GIRÓN

LA AVENIDA
DE LOS
GIGANTES

LO IMPOSIBLE SE HIZO REAL.
LO REAL MOSTRÓ LA MALDAD
DEL SER HUMANO

© Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: La Avenida de los Gigantes

© Marta Martín Girón

Portada, maquetación y corrección: *Trabajobbie*

Primera edición: enero 2018

LA AVENIDA DE LOS GIGANTES: (La novela negra que cuestionará tu moralidad) (Spanish Edition)

Marta
Martín
Girón



**LA AVENIDA
DE LOS
GIGANTES**

MARTA MARTÍN GIRÓN

A mi bisabuela, Teodora.
Porque las promesas se cumplen.

A todas las mujeres que han roto las
cadenas que nos otorgan a las presentes
la libertad y el respeto que todos merecemos.

A la única persona que puede llenar
mi alma, Marcos Nieto Pallarés. Te amo.

ÍNDICE

[PREFACIO](#)

[RYAN PHILIPS](#)

[AVENUE OF THE GIANTS](#)

[NECROSIS](#)

[FOTOGRAFÍAS](#)

[HERIDAS ABIERTAS](#)

[UNA LLAMADA EN LA MADRUGADA](#)

[MIL OCHOCIENTOS KILÓMETROS](#)

[DESAPARECIDOS](#)

[INFORME 'WHITMAN'](#)

[LOS PHILIPS](#)

[APARICIONES](#)

[CAMBIO DE PLANES](#)

[LOST ROAD](#)

[TENSIÓN EN EL CUERPO](#)

[ESCALOFRÍOS](#)

[INFORME DE AUTOPSIA](#)

[MOUNT SHASTA](#)

[ENRIQUE PAZ](#)

[DATOS DEL LABORATORIO](#)

[SHOCK](#)

[JOHN BREEN](#)

[DATOS](#)

[UNA NOCHE A SOLAS](#)

[ENCUENTRO CON EL CORONEL STEVE HADDON](#)

ÁREA 56

CONVERSACIONES

REESTRUCTURACIÓN

EL PAPÁ

VACACIONES

NOTICIA NACIONAL

RESIGNACIÓN

EPÍLOGO



PREFACIO

Cameron se encargaba de trasladarnos presto y circunspecto a la escena del crimen. Yo, en cambio, me limitaba a observar el negro horizonte: kilómetros de asfalto barnizándose en la lejanía, al tiempo que el deseo por llegar a nuestro destino aumentaba. Esa madrugada el aire azotaba con fuerza, fenómeno que, una vez nos apeáramos del vehículo, haría incrementar la sensación de gelidez propia del ya inminente y precoz invierno.

—Menos mal que no llueve —musité a mi compañero mirando el cielo encapotado—, el agua echaría a perder algunas pruebas y, por lo que nos han advertido, más vale que el escenario permanezca impoluto hasta nuestra llegada.

Cameron, pensativo, se limitó a responder un «sí» apenas audible.

—¿Te sucede algo?

—No, solo recordaba el caso de Arizona que se archivó hace un par de años.

—¿El del chico perforado, Paul Whitman? —indagué, prácticamente leyéndole el pensamiento.

—Justo ese. Todavía no entiendo cómo no encontramos nada concluyente que nos condujese al paradero de aquel hijo de perra...

—¿Crees que se pueda tratar del mismo asesino?

—No lo había pensado, pero ahora que lo dices... Y por tal y cómo nos han descrito el cadáver... Puf, no sé, tal vez sí, quizá guarde alguna relación con el anterior.

Suspiré elevando la vista hacia el techo de mi 'Tesla S' mientras mi atormentado compañero lo conducía en mitad de la noche. Aquel caso nos marcó para siempre; sobre todo a él. Aún lo recordaba con impotencia; no por la muerte en sí, sino por lo inusitado de las heridas que la víctima presentaba: inverosímiles y escalofrantes al mismo tiempo.

Entretanto, el cansancio parecía querer dejarme fuera de juego.

—Idris. —Cameron llamó mi atención—. ¿Te encuentras bien?

—Joder, qué susto me has dado. Estaba quedándome dormido.

—¿Has pasado mala noche?

—¿Mala noche, dices? Tío, no son ni las cuatro de la puñetera madrugada, y encima estoy aquí contigo en el coche de camino al escenario de un crimen, con un sueño de la hostia... Esto no es precisamente lo que se dice estar pasando una «buena noche» —repliqué con mofa—. Además, llevo unos días encontrándome un poco revuelto.

Se echó a reír.

—Te estás haciendo viejo. Vas a tener que ir pensando en jubilarte... —Le miré con cara de pocos amigos.

—Vete a la mierda y déjame dormir un rato, anda.



Las luces de los vehículos oficiales giraban silenciosas, otorgándole una iluminación bicolor al siniestro proscenio. Pequeñas sombras en movimiento se dibujaban en la lejanía.

—Ufff..., demasiada gente dando vueltas, me parece a mí.

Aunque solo fueran cuatro gatos paseándose por la escena del crimen, me seguían sobrando la mitad. Si mi compañero estaba en lo cierto y guardaba relación con el asesinato de Paul Whitman, mayor motivo para desear llevar a cabo un reconocimiento tranquilo.

—Sí, un poco más y se persona también el puñetero FBI.

Su comentario me arrancó una sonrisa, y con ello, la oportunidad de hacerme consciente de mi estado anímico; estaba inusualmente tenso.

—No aparques demasiado cerca, necesito mear y estirar un poco las piernas. *«Y relajarme antes de llegar»*.

—Está bien, pero trata de disimular.

«Siempre tratando de guardar las apariencias —me lamenté por él».

—Tú ya sabes que soy muy discreto —respondí guiñándole un ojo, percatándome de lo buen actor que era en algunas ocasiones.

Linterna en mano nos aproximamos al tumulto. Los compañeros tenían acordonada la zona desviando el tráfico en dicho tramo de la carretera.

Un inusual estremecimiento afloró en mi estómago haciendo que sus líquidos refluyeran al lugar por donde entraron. No fue casual. En ese preciso instante oteé, tirado y despanzurrado contra el alquitrán, de cúbito supino, al joven por el cual nos hallábamos allí.

Unos pasos más fueron suficientes para ver una vieja camioneta volcada en la cuneta, calcinada; a unos tres metros de los restos del finado.

El cuerpo del muchacho, en cambio, se encontraba im-poluto salvo por la lesión que le robó la vida: una oquedad en el pecho, a la altura del esternón, de forma esférica. Perforado de lado a lado, dejando al descubierto unas entrañas mutiladas con los contornos necrosados.

Me acerqué a examinarlo con detenimiento; el forense lo acompañaba abstraído en su propio análisis.

—¿Qué tenemos, doctor? —pregunté acucillándome junto a él.

—Un joven de poco más de veinte años con un agujero en el tórax. Algo fuera de lo común.

Me incliné sobre el fiambre cubriéndome, pañuelo en mano, nariz y boca. Solo me faltaba aspirar algún efluvio fétido con lo que terminar de revolver mis entrañas y acabar echando la bilis.

«*Ni una gota de sangre. ¿Cómo narices le habrán hecho eso?*», pensé mientras hacía un esfuerzo por imaginar el modo en que pudo acabar así el pobre desgraciado».

—¿Alguna prueba o teoría?

—Me temo que solo podemos ceñirnos a lo evidente: el joven falleció tras ser..., perforado. Un impacto único, fulminante. Ni siquiera desplazó el cuerpo.

—¿A qué te refieres?

—A que fue un golpe seco. Se me ocurre compararlo con un bloque de mantequilla siendo atravesado por un hierro candente. Su masa no se trasladó por el impacto, cayó desplomado en el mismo lugar donde fue alcanzado.

—¿Tenemos algo más?

—No.

Ojeé a mi alrededor. *«Ni líquidos, ni marcas en el suelo, ni arma homicida... Nada. Tan solo un cuerpo de algo más de un metro setenta, vencido como una pieza de dominó; con un agujero en su pecho que, de agarrarle por los pelos y alzarle ante mí, podría atravesar con mi brazo sin ni siquiera rozar las paredes cauterizadas de su boquete».*

Suspiré.

—¿Lo habéis identificado ya? —intervino Cameron sacándome de mis pensamientos; venía de hacer un primer reconocimiento por los alrededores.

—Sí, llevaba encima la documentación. Se trata de Ryan Philips.

—Mierda —musitó Cameron al fijarse en la herida del muchacho. Su malestar me hizo confirmar lo que ambos temimos minutos atrás. Su mirada lo decía todo.

—Sí, otra vez el mismo ejecutor.



Capítulo 1

RYAN PHILIPS

Dependencia del sheriff Robert Fowler
Green Place, Arizona

Unas horas antes

El timbre del teléfono rompió el silencio.

—¿Quién podrá llamar un martes a estas horas? —La retórica de Robert fue acompañada por una indiscreta mirada de su compañero al fondo de la habitación. Allí, colgando del descolorido yeso amarillo, lucía con orgullo de reliquia la precisión del viejo reloj encargado de señalar el momento exacto del día; en aquel instante de la madrugada, las dos y treinta y seis minutos.

—Quizá algún borracho esté dando la nota por la calle —especuló Aston haciéndose el gracioso.

—Pufff... —Robert echó mano al aparato con desgana—. Ahí habla el sheriff.

La voz nerviosa de un hombre se abrió paso de forma aturullada al otro lado del auricular, trabándosele incluso la